

## VIII

### MARGARITA DE PARMA

La regente que gobernó á los Países Bajos durante ocho años, era hija natural de Carlos V <sup>1</sup>. Contaba doce años, y le dieron por esposo á Alejandro de Médicis, que murió asesinado algunos meses después <sup>2</sup>. Cuando tenía veinte años, contrajo segundo matrimonio con Octavio Farnesio, siete más jóven que ella, sobrino también, como el anterior, de un Papa. De este enlace, nació Alejandro Farnesio, príncipe de Parma. Margarita era varonil y dominante, aficionada á la caza, y se distinguía, entre las mujeres de su tiempo, por dos cualidades nada femeniles, á saber: el espeso bozo que afeaba su labio superior <sup>3</sup> y la gota.

Su madre fué flamenca. Por esta razón, acaso, sus compatriotas creyeron que no se realizarían en absoluto los designios de Felipe, con respecto al estable-

<sup>1</sup> Hija de Carlos V y de Juana Vanderghergnst, doncella de la baronesa de Montigny.

<sup>2</sup> La muerte trágica de Alejandro de Médicis inspiró el *Lorenzaccio* de Alfredo Musset.

<sup>3</sup> Así lo escriben Estrada y otros historiadores.

cimiento de la Inquisición <sup>1</sup>, al sostenimiento de las guarniciones extranjeras y á la destrucción de las libertades flamencas. Fueron sus consejeros: Berlaymont, nacido en Flandes; pero enemigo de sus paisanos; Viglius, autor del famoso edicto de persecución de 1550; el obispo de Arras, después cardenal Granvela, hombre hábil, poco escrupuloso y enemigo también de las libertades flamencas <sup>2</sup>; Egmont, vencedor en las batallas de San Quintín y Gravelines; y Guillermo el Taciturno, príncipe de Orange.

La familia de Nassau había prestado muy importantes servicios á la casa de Borgoña. De aquélla procedían soldados y consejeros de Felipe el Bueno, Carlos el Temerario y Felipe el Hermoso. La influencia de Enrique de Nassau puso la corona imperial en las sienes de Carlos V. Habiendo muerto en la guerra al lado del Emperador, dejó sus títulos y sus estados á su sobrino Guillermo. Bastaban estas razones, para que los descendientes de Carlos V les hubiesen protegido y fiaran en ellos. Guillermo contaba once años

<sup>1</sup> La Inquisición existía en los Países Bajos hacía 40 años; pero Felipe II deseaba que aquélla tuviese carácter político más que religioso. «Desde que el segundo Felipe; dice el historiador D. Antonio Cánovas del Castillo, tomó á su cargo las riendas del gobierno, siguiendo estrictamente en ello los consejos de su padre, fué acrecentando de día en día la Inquisición su influencia. Por medio, pues, de las armas, donde no llegaban las hogueras de la fe, ó de las hogueras por sí solas donde alcanzaban, dió principio España, en suma, á una lucha á muerte desde principios del nuevo reinado, contra todo humano elemento que pretendiera sustraerse á la protección ó dirección política y religiosa de que el poder real se consideraba legítimamente investido en el organismo social. Era aquella una utopía funesta como la que más á la especie humana, y no menos imposible de realizar por completo que todas.» *Casa de Austria*, p. III.

<sup>2</sup> Granvela era odiado, lo mismo por aquel animal perverso llamado pueblo, según sus palabras, que por la nobleza. *Correspondencia de Felipe II*, t. I, p. 290.



cuando recogió la herencia de su pariente, y era el mayor de cinco hermanos; todos se condujeron más tarde como buenos en la guerra de la independencia. Educado en Bruselas al lado del Emperador desde quince años, figuró siempre en la corte; y á los veintiuno fué nombrado para mandar el ejército. Á la sazón formaba parte, como ya se ha dicho, del consejo de Margarita, y era además estatúder, ó sea, representante del rey en Holanda, Zelanda y Utrecht.

Guillermo negoció el tratado de Cateau Cambresis, y con el duque de Alba fué designado para garantir con su persona el exacto cumplimiento de las capitulaciones. Entonces sucedió que cazando un día por el bosque de Vincennes con Enrique II, el francés, le dijo, que él y el rey de España habían concertado exterminar á todos los protestantes de Francia y de los Países Bajos, no por motivos religiosos, sino porque sus creencias políticas eran contrarias al poder arbitrario monárquico. Para llevar á cabo la empresa, era indispensable que tropas españolas permaneciesen de guarnición en los Países Bajos. Guillermo recibió la noticia con tranquilidad y sin sorpresa, ganando por ello el sobrenombre de *Taciturno*, que después hubo de merecer en toda su vida. Desde entonces formó el decidido propósito de oponerse al establecimiento de la Inquisición, arrojar á los Españoles y afirmar sobre base firmísima las libertades en los Países Bajos. En nuestro sentir, Felipe II ya había conocido los designios del de Orange, cuando ambos se despidieron en Flesinga; pero manifestó dudar hasta prepararse convenientemente.

Guillermo era todavía católico, como lo eran todos los nobles flamencos de su tiempo. La Reforma no ofrecía en los Países Bajos el atractivo que en Ale-

mania, donde los principes, mediante ella, adquirieron independencia y riquezas; los disidentes allí eran sacerdotes y artesanos. El de Orange era joven, rico, pródigo, y gastaba más de lo que sus pingües rentas le consentían. Sin embargo de su fausto y grandeza, se dolía de la vida trabajadora del pueblo, al cual no le consideraba, como uno de sus colegas del Consejo, de «vil y dañina ralea», y odiaba el edicto de 1550 y la política española.

Desde antiguo había en los Países Bajos cuatro obispos; pero Felipe indujo al Papa á elevar este número á 18, y á nombrar tres arzobispos. El motivo de tal reforma era la extirpación de la herejía, y para auxiliar á los encargados de la persecución, quedaron, á costa de los Estados, los 4.000 hombres de tropas españolas, dando esto abundante materia para el descontento y malestar, y finalmente para la revolución. Las ciudades comenzaron la resistencia, invocando sus fueros y privilegios. La carta del Brabante expresaba que el rey no tenía atribuciones para aumentar sedes episcopales.

El pueblo atribuyó por instinto estas medidas á Granvela. El odio que todos tenían á Felipe, recayó ahora en su ministro. Guillermo entonces se puso á la cabeza de la oposición, siguiéndole la mayor parte de los nobles. Felipe hubo de ceder y mandó retirar sus soldados en 1560; pero como dejase la Inquisición, los Estados se mostraron rehacios para concederle los subsidios que pedía con grandísima urgencia. Así las cosas en 1561, Guillermo casó con la princesa Ana de Sajonia, hija del célebre Mauricio, después de largas negociaciones; porque ella, como luterana, había exigido libertad para ejercer su culto. Granvela cesó en su cargo en 1564.





EL CARDENAL ANTONIO DE GRANVELA.

(Según un cuadro de Pulzone.)

En los Países Bajos se tenía el convencimiento de que los rigores del Gobierno eran debidos, más que á Felipe, á sus ministros; y por esta razón mandaron diputados á Madrid, primero á Egmont, y después á Montigny y Berghen. Por último, en 1566, algunos nobles flamencos firmaron el *Compromiso*, obligándose á resistir el establecimiento de la Inquisición, ya que otros medios habían resultado inútiles<sup>1</sup>. Oranga no quiso figurar en aquél; pero hizo un señalado servicio á sus compatriotas, recordándoles su plática con Enrique de Francia. Deseando conocer el pensamiento de Felipe, organizó un espionaje tan perfecto, que recibía copia de los despachos más secretos, luego que eran aprobados por el rey. Este es el sino de los déspotas. Entretanto, miles de tejedores flamencos se refugiaban en Inglaterra, especialmente en los condados del Este, donde implantaban su industria y se constituían en afortunados rivales de su misma patria.

La nueva liga determinó ahora presentar un memorial á Margarita, influyendo el de Orange con los principales firmantes acerca de los términos en que había de ser redactado. El 5 de Abril de 1566 el documento fué leído á la duquesa en el Consejo por

1 «Sepan cuantos la presente vieren, dice la Declaración, que hemos sido informados de cómo una cuadrilla de extranjeros, enemigos de la salvación y prosperidad del país, han podido tanto con el Rey, que éste ha venido en introducir aquí á viva fuerza la Inquisición de España, la cual es, no sólo inicua y contraria á todas las leyes divinas y humanas, sino bajo apariencia religiosa destruiría todo orden civil... Prometemos y nos prometemos uno á otro, por juramento solemne, impedir con todas nuestras fuerzas, que se introduzca aquí la dicha Inquisición, teniendo delante de los ojos el reciente ejemplo de los napolitanos, los cuales la han rechazado á gusto y contentamiento de todo el país. No queremos, sin embargo, nada que sea ó pueda tornarse contra Dios.»



Brederode. Decía, entre otras cosas, que convenía á la paz del país la revocación de los edictos inquisitoriales, y que la dirección de los negocios se pusiese en manos de los Estados generales. Retiráronse los peticionarios, y cuando el Consejo deliberaba sobre el asunto, se levantó Berlaymont, enemigo eterno de sus compatriotas, y dirigiéndose á Margarita, exclamó: *¿Será posible que tenga miedo Vuestra Alteza á esos mendigos?* Insulto que, según parece, repitió más tarde, cuando los confederados pasaron por delante de su casa. El 8 de Abril los confederados reiteraron sus súplicas.

Brederode, el mismo que presentó el memorial, dispuso un banquete para 300 de sus parciales en su propia casa<sup>1</sup>. Durante la comida, y entre copiosas libaciones, se discutió el nombre que debía darse á la confederación naciente; el anfitrión dijo que ninguno le cuadraba mejor, en memoria del agravio que les infiriera Berlaymont, que el de *mendigos*. Y haciéndose traer unas alforjas, y bebiendo todos vino en una taza rústica, quedó consagrado el nombre y emblema de los patriotas holandeses.

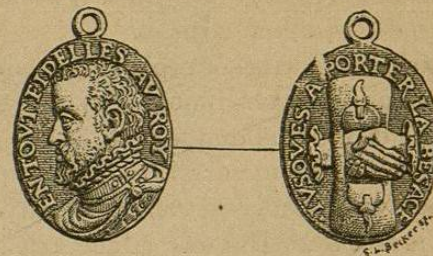
Orange, Egmont y Horn penetraron en la sala del banquete cuando era mayor el entusiasmo de los comensales, y también hubieron de beber<sup>2</sup>. Aunque se retiraron en seguida y sólo asistieron cortos momentos á la orgia, bastó esto para que los dos últimos acabasen su vida en el cadalso, no sucediendo lo mismo al primero, porque logró escapar de manos del enemigo común. Al día siguiente los confederados se presentaron en público pobremente vestidos,

<sup>1</sup> La comida tuvo lugar en la hostería de Culemburgo. Forneron, *Hist. de Felipe II*, p. 144. Barcelona, 1884.

<sup>2</sup> Orange no asistió al banquete. *Ibidem*.

y su presencia entusiasmó á la muchedumbre, que presentía ver en aquéllos los futuros jefes de las próximas revueltas.

Á poco de haber ocurrido tales sucesos, en Agosto del mismo año, tuvo lugar la destrucción de imágenes en las iglesias de los Países Bajos<sup>1</sup>. El populacho no causó daño alguno á las personas, cebándose únicamente en los símbolos religiosos. Los nobles no tuvieron participación en aquellos hechos. Los desórdenes iban en aumento, hasta que el 25 de Agosto



MONEDA DE LOS MENDIGOS.

(Del gabinete de monedas en Berlín).

acordó la duquesa abolir la Inquisición y conceder la libertad religiosa. Aunque los nobles hicieron los mayores esfuerzos para calmar los ánimos y evitar los disturbios, y aunque Felipe parecía contemporar y ceder, la suerte estaba echada. Reunió un ejército en España, bajo las órdenes del duque de Alba, y después de recibir éste severas instrucciones, se dirigió á los Países Bajos<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Donde se cometieron más desórdenes y violencias fué en la iglesia de Amberes, y en los monasterios de Tournay y Valenciennes.

<sup>2</sup> «Sin embargo, el que, dadas las circunstancias de la época, fueran una desgracia las pocas aficiones militares de Felipe II, tampoco se ha de negar. Pudo viajar algo más también yendo á Flandes en los momentos en que lo prometió, ya que con tanto empeño quería á la sazón tranquilizar y conservar aquellas provincias. Otra cosa habría que decir si desde el principio hubiera pensado en abandonarlas honrosamente, como decidió al fin.» Cánovas del Castillo, *Reinado de Felipe IV*, t. I, págs. 51 y 52. Madrid, 1888.